



LUIS SEPÚLVEDA

ASALTO A MANO SANTA

91

Una publicación de
MONDE
diplomatique

Luis Sepúlveda

ASALTO A MANO SANTA

Y OTRAS CRÓNICAS

Introducción por Víctor Hugo de la Fuente

El número cien

Las trampas de la fe

Carta a mis amigos Isabel y Ángel Parra

La televisión, ese vehículo cultural

Honduras y la información en España

¿Quién es usted?

Historia de dos tragedias

Asalto a mano santa

El enanito indeseable

Shalom

La dura y tierna fragilidad de los héroes

Adiós, "Turquito"

Tá Mario Benedetti

Escucha Chile... Ha muerto Katya Olevskaia

Anexo: Fotografías de Daniel Mordzinski

www.editorialauncreemos.cl

www.lemondediplomatique.cl



91

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

Una publicación de
^{LE}MONDE.
diplomatie

Luis Sepúlveda

ASALTO A MANO SANTA
Y OTRAS CRÓNICAS

Con fotografías de Daniel Mordzinski

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

© 2009, Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

La editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS
publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.
Teléfono: (56 2) 664 20 50
Fax: (56 2) 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Diseño de portada: © Daniel Mordzinski
Fotografías: © Daniel Mordzinski,
prohibida su reproducción total o parcial,
por cualquier medio, sin la autorización del autor.

Diseño: Cristián Escobar
Copyright 2009 Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS.
ISBN: 978-956-8134-94-5
Registro Propiedad Intelectual N°:

ÍNDICE

Introducción por Víctor Hugo de la Fuente	7
El número cien	9
Las trampas de la fe	13
Carta a mis amigos Isabel y Ángel Parra	17
La televisión, ese vehículo cultural	19
Honduras y la información en España	23
¿Quién es usted?	27
Historia de dos tragedias	31
Asalto a mano santa	35
El enanito indeseable	39
Shalom	43
La dura y tierna fragilidad de los héroes	47
Adiós, “Turquito”	51
Tá Mario Benedetti	55
Escucha Chile... Ha muerto Katya Olevskaia	57
Anexo: Fotografías de Daniel Mordzinski	59

Introducción

por Víctor Hugo de la Fuente

Ya comienza a ser una tradición que, cada uno o dos años, la editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS publique un libro de Luis Sepúlveda con sus mordaces y humorísticas crónicas, en las que reacciona de manera inmediata frente a hechos y noticias que van ocurriendo. Esos textos los publica en el blog que mantiene en la página www.lemondediplomatique.cl que tiene gran cantidad de visitas de todo el mundo.

Con la publicación de este nuevo libro de Luis Sepúlveda completamos cinco títulos de este gran escritor y amigo, (Ya hemos editado *La locura de Pinochet*, *El poder de los Sueños*, *Los calzoncillos de Carolina Huechuraba* y el *Blog de Luis Sepúlveda*). Luis Sepúlveda ha cedido solidariamente los derechos de autor de todos estos libros, apoyando así, no sólo de palabra, sino con acciones a nuestra editorial y al proyecto periodístico -independiente y crítico- de *Le Monde Diplomatique*, como lo expresa precisamente en la primera crónica de este libro sobre los cien números de nuestra publicación.

Luis Sepúlveda acaba de cumplir 60 años y, entre otros homenajes, el Instituto Cervantes de Milán, Italia, en septiembre de 2009, a iniciativa de su director, el escritor Víctor Andresco organizó una exposición y un libro sobre Luis Sepúlveda con fotografías de Daniel Mordzinski, algunas de las cuales reproducimos aquí, en las páginas finales.

Daniel Mordzinski nació en Buenos Aires en 1960 y vive desde 1980 en París. Conocido como “el fotógrafo de los escritores”, trabaja desde hace treinta años en un ambicioso “atlas humano” de la literatura iberoamericana. Ha retratado a los protagonistas más destacados de las letras hispanas. Mordzinski es el fotógrafo oficial de muchos festivales literarios. Ha realizado numerosas exposiciones y publicado libros en Argentina, Colombia, México, España, Italia y Francia.

Durante los últimos 20 años el fotógrafo realizó numerosos viajes en compañía de Luis Sepúlveda.

Daniel Mordzinski, además de gran fotógrafo, como dice Luis Sepúlveda, “es de los que llegan siempre a tiempo a las citas con la amistad, la coherencia y la decencia”.

Agradecemos a Daniel el regalo de las fotografías que embellecen este libro.

Víctor Hugo de la Fuente

Director de la editorial Aún Creemos en los Sueños
y de la edición chilena de Le Monde Diplomatique

Diciembre de 2009.

El número 100

por Luis Sepúlveda*

Es emocionante ser testigo y colaborador de un esfuerzo marcado por la defensa de dos derechos fundamentales: el derecho a informar y el derecho a ser informado. Es cierto que ambos derechos deberían ser parte de un todo llamado libertad de expresión, mas por mandato del poder del mercado no es así, y los medios de comunicación mayoritariamente en manos de grandes grupos se han convertido en una repetición del discurso del poder dominante.

Y es justamente en este mundo de medios obedientes, desinformadores y deformadores, en el que las excepciones de prensa independiente como la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* tienen una importancia más que relevante.

Son escasas las revistas o periódicos independientes que llegan a publicar el número 100, y mucho más raras todavía las publicaciones que festejan su número 100 conservando la misma línea de intenciones, de estilo, y de coherencia informativa del primer número.

Recuerdo especialmente una tarde, en Santiago, en que participé en la presentación de la editorial “Aún Creemos en los Sueños”, que hace posible la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*. La sala estaba repleta de amigas y amigos, periodistas y lectores, ligados por la convicción de una necesidad básica: mantener a toda costa expresiones de prensa independiente, crítica y postuladora de ideas alternativas. Sin mayores palabras, sin que fuera necesario un discurso fundador, todas y todos los que ahí estábamos sabíamos que, paso a paso, línea a línea, palabra a palabra,

*ESCRITOR Y COLABORADOR DE LE MONDE DIPLOMATIQUE. ARTÍCULO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE LE MONDE DIPLOMATIQUE, SEPTIEMBRE 2009.

de idea en idea, participábamos de la más resistente de las intenciones: la de colaborar en la construcción de un nuevo lenguaje de izquierda, creativo y capaz de asumir la complejidad del siglo XXI.

Sin embargo del entusiasmo reinante en esa sala, para muchos chilenos la experiencia de una edición chilena de *Le Monde Diplomatique* estaba destinada al fracaso, porque la destrucción cultural lograda por la dictadura condenaba a los escasos lectores de prensa a la triste condición de consumidores de titulares amarillos, e incluso más de alguien opinó que el nivel de esa publicación “afrancesada” era incomprensible para el lector medio de Chile.

Podría emplear muchas páginas en demostrar que tal afirmación era equivocada, así que, como soy escritor de novelas, me permitiré citar una anécdota rigurosamente cierta.

Hace unos seis años, un día de febrero, sentí que la canícula santiaguina me estaba cocinando la cabeza y entré medio desesperado a una peluquería de una de las tantas galerías o pasajes que salvan del calor a los santiaguinos en sus desplazamientos por el centro. El peluquero, amablemente, me dijo que debía esperar unos quince minutos hasta que terminase de rapar a otro desesperado por el calor, y me ofreció la prensa del día. Tenía los diarios permitidos por el miedo que dejó como herencia la dictadura, *El Mercurio*, *La Tercera*, y las páginas satélites de esos dos periódicos. Como me había ofrecido lectura con amabilidad, le pregunté si no tenía *Le Monde Diplomatique* y la respuesta del peluquero me sorprendió: No, pero se lo mando a buscar.

Y así fue. El imprescindible “junior” que acarrea cafés, mote con huesillos o los elegantes sandwiches de ave-pimiento tan representativos de la gastronomía de esos pasajes, llegó a los pocos minutos con un ejemplar de lo que había pedido.

La primera conclusión a la que llegué era que *Le Monde Diplomatique* no era desconocido para el peluquero y tal vez tampoco para el “junior”. Sabían en qué quiosco se compraba. Leí mientras esperaba, y cuando me tocó el turno y el figaro le daba duro a las tijeras, empezamos a hablar del mundo, de lo que ocurría en Palestina, y de la llamada globalización, término que al peluquero le resultaba aplastante porque nadie se lo había explicado, y más aplastante todavía le resultaba no saber por qué había gente que se oponía a eso. En la medida de mis posibilidades y sin dejar de vigilar en el espejo lo que hacía con mi cabeza, intenté explicarle que en realidad aquellos que, aparentemente se oponían a la globalización, por ejemplo los

adherentes de ATTAC, en el fondo postulaban la mayor de las globalizaciones, no solamente de ciertos aspectos de la economía, sino de los derechos humanos, del libre comercio justo, de la información sin censuras y, sobre todo, de la participación social.

No sé si lo convencí. Me cortó bien el pelo, pagué, me despedí, y cuando a los dos años regresé a la misma peluquería había muchos ejemplares de *Le Monde Diplomatique* sobre la mesita de espera, y a ellos se agregaban algunos de los libros publicados por la editorial “Aún Creemos en los Sueños”.

En nuestro segundo diálogo en el espejo, el peluquero me confesó el pasmo que le había provocado saber qué era el *Opus Dei*, y en cuanto a la globalización tenía una opinión definida. Él también se incluía en el bando de los alter globalizadores.

He estado en la Feria del Libro de Santiago y en algunas de provincias, en concentraciones y actos de protesta, y siempre que veo a gentes de todas las edades acercarse al mesón de *Le Monde Diplomatique* para adquirir ejemplares antiguos, me confirmo en la nobleza del proyecto y en la necesidad de continuar entregando argumentos, ideas para el necesario debate social que, más temprano que tarde, se convertirá en praxis emancipadora.

Es verdad que la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* no es un medio de circulación masiva, pero sus lectoras y lectores son aquellos que saben que hoy, justamente hoy, la neutralidad informativa no existe, que dada la complejidad del mundo y de los desafíos es fundamental el esfuerzo pedagógico, esclarecedor, multiplicador de curiosidades.

Y eso es la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* que alcanza el número 100. Un esfuerzo crítico contra la torpe idea del pensamiento único, una barricada contra la que se estrellan las interpretaciones dogmáticas de la realidad, y un llamado urgente a informarse, a ejercer el derecho fundamental a estar informado para así tener una opinión libre de prejuicios o monsergas del poder.

Salud, pues, por el número 100 de la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, de la publicación de los que Aún Creemos en los Sueños, de los que insistimos en que Otro Mundo es Posible. ♦

L.S.

Las trampas de la Fe

Definiciones respecto de qué demonios es la fe hay para todos los gustos y suelen coincidir en que una verdad -la mía- es la única cierta, pero tras un repaso a la historia triste de la humanidad se puede concluir en que la fe es una especie de legaña pétrea, impenetrable, muy sólida, que impide ver la realidad y sus matices.

El que tiene fe es un fiel, un adepto a la oscuridad, un negador de otras posibles realidades, y el que no profesa su misma fe es un infiel, un enemigo de la única verdad posible. Esta es la génesis del fanatismo que saca a los curas a las calles de España, la responsable del discurso apocalíptico, y no pasaría de ser un problema folclórico, la pataleta de un pasado que, luego de un pacto civilizado de la sociedad cuyo único norte era la convivencia en paz y tolerancia, se creía felizmente superado. Pero lo que mueve a la iglesia católica es mucho más que la sola defensa de su fe. Detrás de todo hay un gran negocio sustentado en una clientela pasiva, ignorante y fatalista, en una masa que precisa de la oscuridad de la fe para auto afirmarse en una serie de prejuicios disfrazados de tradición o sello de identidad nacional.

En la España de 2009 conviven individuos que, porque la constitución así lo garantiza, son libres de creer en lo que les plazca, pueden adorar zanahorias o símbolos celtas, pueden hacer apología de sus creencias siempre y cuando no interfieran en la marcha normal de una sociedad democrática a la que deben la libertad de culto, y esa misma libertad no puede permitir la existencia del chantaje.

Cuando la Conferencia Episcopal española amenaza con excomulgar a los representantes de la sociedad civil, elegidos libre y democráticamente, que voten a favor de mejorar la ley que garantiza el derecho al aborto, está recurriendo a una técnica de chantaje de claras reminiscencias mafiosas. Esas amenazas de dudoso valor efectivo, ya que las investigaciones por delitos de corrupción anuncian un infierno anticipado y terrestre para muchos honorables de misa diaria, son, sin embargo, una intolerable intromisión y una afrenta a las instituciones democráticas.

Continuamente presenciamos un capítulo más de la guerra de los crucifijos, la iglesia católica denuncia que la retirada de un trozo de madera o metal de las aulas pone en peligro a la educación, pero jamás cita que esos símbolos están, por ejemplo, en las escuelas concertadas, subvencionadas por el Estado y generalmente en perjuicio de la educación pública y laica. Cuando la iglesia católica española sale a las calles anunciando la llegada del anticristo porque en las escuelas se empieza a impartir una materia urgente, la educación para la ciudadanía, es decir la base para formar ciudadanos respetuosos de las leyes, críticos, conocedores de sus deberes y derechos, omite mencionar las razones intrínsecas de su pánico: que mañana, en una España de ciudadanos responsables, el odioso concordato suscrito con la central de la empresa, con el Vaticano, será derogado porque es una entelequia humillante e inaceptable.

La iglesia católica española, curas de rostro bonachón, monjas llenas de fervor, fieles de impasible gesto y recio ademán que portan símbolos fascistas, sale a la calle en defensa de la vida, de la infancia, de los fetos mantenidos en formol, pero jamás se ha manifestado por las víctimas de los abusos sexuales sistemáticos que los curas cometieron, cometen y seguirán cometiendo. Como mucho, han relativizado los casos de abusos sexuales pues, según afirmó en diciembre de 2007 el obispo de Tenerife, Bernardo Álvarez, **“puede haber menores que si lo consientan y, de hecho, los hay. Hay adolescentes de 13 años que son menores y están perfectamente de acuerdo y, además, deseándolo. Incluso si te descuidas te provocan”**. ¡Qué perversos y lascivos pueden ser los niños españoles! Si en España las denuncias por abusos sexuales a menores cometidos al amparo de la iglesia católica fueran proporcionalmente iguales a las que se han hecho en los Estados Unidos o Irlanda, el negocio estaría en bancarrota por

las indemnizaciones. Nunca la iglesia católica habló de excomulgar a los curas violadores de niños, en cambio se les premia con retiros espirituales, como hicieron con el fundador de los Legionarios de Cristo.

Esos son los curas, las monjas, los cruzados del siglo XXI que se adueñan de las calles en defensa de la vida, contra la ley de educación para la ciudadanía, contra el derecho de la mujer para disponer libremente sobre su propio cuerpo, contra la ley de memoria histórica que más temprano que tarde obligará al Vaticano a pedir perdón por los crímenes del nacional catolicismo, contra las leyes de igualdad que preservan los derechos de los homosexuales, que exigen la restitución de fetiches en la aulas y amenazan con excomuniones. Y los ciudadanos que en época de crisis de un sistema fracasado aceptamos desde el desacuerdo los recortes presupuestarios en cultura, queremos ver, conocer, oír del Estado español que también recortara las subvenciones y aportes a la iglesia.

Para 2011 se anuncia un *live show* papal en Madrid, financiado por el erario público y a menos de un año de las elecciones generales de 2012. Será un buen comienzo de campaña para una derecha carente de ideas y liderazgo, pero con curas satisfechos, monjas histéricas, y odio, mucho odio llenado las calles de Madrid, añorando esa época de placidez nacional católica tan cara a Jaime Mayor Oreja, otro varón de misa diaria. Ahí estarán una vez más, en las calles, con los ojos tapados por la pétrea legaña de su fe tramposa.

Luis Sepúlveda, Gijón, 13 de noviembre de 2009.

Carta a mis amigos Isabel y Ángel Parra

Hoy me ha llegado desde Santiago una foto sin comentarios, porque sobaban las palabras, los gritos, sobaban incluso los gestos de impotencia. Esa foto mostraba la vieja casa de la calle Carmen 340 en el momento preciso en que una excavadora empezaba el derrumbe.

Las puertas se ven cerradas en la foto, apagados los dos farolitos laterales que antaño iluminaron algo más que la noche de Santiago. Esos dos farolitos metálicos eran la señal que se veía pese a la niebla del invierno, pese a la lluvia, al frío o al cansancio de las duras jornadas ganando la batalla de la producción, alfabetizando, enseñando a comer pescado, o insistiendo en que los niños debían beber el medio litro de leche. Esos dos farolitos invitaban a la Peña de Los Parra, al palacio de la hermandad junto a una guitarra y un vaso de vino. En ese tiempo no necesitábamos más para querernos, no nos hacía falta nada más para ser felices.

En esa casa de muros de adobes, de aroma chileno, de color chileno, de calor chileno, vivía el espíritu de Violeta, y con ella cantaban Isabel, Ángel, Víctor Jara y tantas y tantos como grande y gloriosa fue la cultura chilena de los años sesenta y setenta.

En esa casa escuchábamos y cantábamos, conspirábamos, discutíamos hasta que la madrugada nos enviaba un saludo de luz que nos devolvía a las mil tareas del Gobierno Popular. En esa casa nacieron romances, concubinatos y casorios, parejas que hoy, al saber que la vieja casa ya no existe, se toman de la mano, aguantan el gesto y dejan que una lágrima resbale limpia por el rostro de cada uno y de cada una, porque esta es una pérdida de las que duelen, de las que dejan cicatrices en el alma.

Hace un par de años asistí a un recital de Isabel Parra en París. En el Teatro Aleph, del Cuervo Castro, no cabía un alfiler, y yo escuchaba y miraba a la cantante, a mi amiga que, con el cuatro en las manos provocaba una transformación múltiple. Ella era una vez más esa Isabel, esa Chabela pequeñita y bella, de ojos brillantes y voz acariciadora. Yo, y muchos de los que estábamos ahí éramos de nuevo los muchachos que rondábamos los veinte años y nos calentábamos con el fuego de su voz y el vinito servido en la Peña de Los Parra, a salvo del frío, del peligro, de la muerte y de los exilios que se nos echarían encima.

En mayo de este año Ángel Parra ofreció un concierto en el Casino de Gijón. Desde la oscuridad miraba a mi amigo, siempre elegante, vestido de negro y con un chal blanco, cantando las canciones de todos, esas mismas canciones que en la vieja casona de la calle Carmen 340 nos quitaban el cansancio, o nos invitaban a amar más todavía a nuestras compañeras. Ángel es un monumento a la dignidad, pero él no le concede la menor importancia a eso, y cuando le pregunté cómo estaba la Peña de Los Parra, apenas insinuó que había problemas.

A veces las máquinas rugen como leones esperanzadores, pero otras veces graznan como buitres dotados de poderosos motores. Así imagino el ruido de esas máquinas que derrumbaron una de las casas más ilustres de Santiago, una casa que debió salvarse, ser monumento a las voces de todos, ser el templo de las mejores esperanzas de todos. Esa vieja casona flanqueada por dos inofensivos farolitos metálicos fue el punto de partida desde donde nos lanzamos a conquistar la dignidad de todas y de todos. Sin duda que era una casa peligrosa, muy peligrosa, subversiva, porque estaba llena de memoria.

Alguien justificará el derribo aludiendo a la edad del edificio. ¿Y qué? ¿Acaso no se conservan las aberrantes construcciones militares? Otro alegará que un edificio de diez plantas es más rentable que una vieja casa con muros de adobes, y otro más dirá que está en lo cierto, porque la cultura, la memoria, el pasado glorioso de los que se atrevieron a cambiar la sociedad, nunca será rentable. En mi memoria los dos farolitos se encienden. Uno ilumina el rostro de niña eterna de mi amiga Isabel Parra. El otro la cara bigotuda y circunspecta de mi hermano Ángel Parra. Y a los dos los abrazo y los quiero más que nunca. ♦

Luis Sepúlveda, Gijón 31 de agosto 2009.

La televisión, ese vehículo cultural

Revisando viejos papeles de esos que uno guarda sin saber por qué, encontré un contrato de trabajo que me hizo un canal de televisión de Guayaquil en el año 1978, hace más de treinta años, y ese documento me contrataba junto a mi amigo Jorge Guerra, el inolvidable Pin Pon, para “diseñar una programación de alto contenido cultural, coherente con el objetivo central de la televisión que es ser un vehículo cultural”.

Un vehículo es un objeto que puede volar, ir sobre raíles, en el agua, y en carreteras llevando personas o cosas, también puede ser algo sin forma definida y que navegue a través de las ondas. El que diseña la programación de un canal de televisión viene a ser una suerte de ingeniero encargado de pensar un vehículo que vaya en una dirección determinada, a saber para adelante, para atrás, arriba, abajo, hacia los lados, es decir que las posibilidades de movimiento son muchas y todas muy estimulantes. Eso pensamos mi amigo Jorge Guerra y yo, mientras viajábamos de Quito a Guayaquil, en ese país llamado Ecuador y que fue una parada en nuestros respectivos exilios.

En aquel canal de televisión se veía la “carta de ajuste” y a partir de las doce del día empezaba la programación hasta las dos de la noche. A esa hora, un plano mostraba la bandera ecuatoriana, se escuchaba el himno nacional y una vez terminado volvía a aparecer la carta de ajuste llenando la pantalla hasta el día siguiente. Es decir que teníamos que llenar catorce horas de programación cultural y tamaño desafío nos llenó de entusiasmo mientras desayunábamos con patacones de banano y café cerrero en

la terminal de buses. En las oficinas del canal nos dijeron que debíamos considerar los dos bloques informativos, de media hora cada uno, lo que nos dejaba trece horas para llenarlas de cultura, pero un directivo nos recordó que entre programa y programa había tandas publicitarias de quince minutos cada una, y nos recomendó no olvidar las dos horas dedicadas a la información deportiva después de las noticias, ni el espacio espiritual comprado por la iglesia católica y mucho menos La Hora del Señor, un espacio comprado por la iglesia evangelista de los santos de los últimos días y que también duraba una hora.

Ni Jorge Guerra ni yo éramos unos genios de las matemáticas, pero tras un rápido cálculo dedujimos que en realidad disponíamos de algo así como siete horas para llenar de programación cultural. El desafío continuaba siendo muy estimulante.

Lo primero que diseñamos fue un espacio dedicado a los niños y que iría entre las seis y las siete de la tarde. El maravilloso Pin Pon, que enseñó a lavarse los dientes a millones de niños chilenos, a diferenciar entre la verdad y el engaño, a reconocer las notas musicales y que de los tres colores básicos nace la pluralidad cromática que hace bella la vida, conquistaría a los niños ecuatorianos. Eso pensamos, y ya llenos de entusiasmo añadimos un programa que se llamaría Tarde en el Cine, en el que cada día se comentaría una película latinoamericana durante diez minutos antes de su proyección. Para las tardes de domingo, y porque ambos éramos fanáticos seguidores de las películas protagonizadas por Jean Gabin, Lino Ventura y Alain Delon, diseñamos un espacio titulado “l'écran” (qué afrancesados éramos) dedicado al cine francés. Finalmente, diseñamos un programa en que se hablaría de libros, otro dedicado a los grandes documentales históricos, y la joya de todo fue un concurso para guionistas de telenovelas.

A los directivos todo aquello les pareció bien, por lo menos eso dijeron, pero luego nos indicaron que entre las noticias y los programas de las iglesias había varios concursos de baile, otro de señoritas postulantes a ser Miss Ecuador, además de las series norteamericanas Bonanza, viaje a las estrellas, el agente de Cipol, mi bella genio, el gran chaparral y los intocables.

El desafío se tornaba cada vez más pequeño y sin embargo seguía siendo estimulante, así que para ahorrar mayores discusiones preguntamos de cuánto espacio disponíamos. Uno de los directivos se rascó la cabeza antes de responder y dijo que en realidad

la idea consistía en un programa de quince minutos, en que se harían preguntas con tres opciones de respuesta, dos equivocadas y una acertada. El programa podía llamarse, por ejemplo, “cuánto sabe usted”, contaría con el patrocinio de electrodomésticos Durán y los concursantes ganarían semanalmente una afeitadora eléctrica. Las preguntas, de alto contenido cultural, deberían versar sobre temas que la gente más o menos conociera, porque la cultura es para que el público se sienta bien y no se complique la vida. Si nos parecía acertado, nuestro programa iría justo antes del cierre, a la una y cuarenta y cinco de la noche, siempre y cuando no hubiera algún partido importante de fútbol.

Curiosamente, luego de esa entrevista ni Jorge Guerra ni yo odiamos la televisión. Regresamos a Quito, en otro canal menos pretencioso en sus alcances culturales hicimos un programa de miscelánea, una suerte de telenovela humorística llamado “Intimididades de la Familia Chiriboga” que duró muy poco pues los personajes insistían en mofarse del gobierno. Al poco tiempo Jorge Guerra se fue a Cuba, en la isla su personaje Pin Pon fue la delicia de dos generaciones de niños cubanos y yo también seguí mi camino.

Jorge Guerra regresó a Chile en 1988, luchó a su manera para derrocar a la dictadura, su personaje Pin Pon, el niño eterno agitó en las barriadas, estuvo en las barricadas, y volvimos a vernos en 1998, al calor de una botella de vino que nos hizo recordar con amor nuestros años de exilio ecuatoriano.

Mi amigo Jorge Guerra murió en Chile, en febrero de este año, y lo siento a mi lado mientras reviso un viejo documento que nos hizo soñar ser los genios de la televisión. ♦

Luis Sepúlveda Gijón, 27 de julio de 2009.

Honduras y la información en España

En Honduras hubo lisa y llanamente un golpe de Estado. Un general de la vieja escuela, de los formados por los Estados Unidos para combatir “el enemigo interior”, más un senado díscolo y fiel a las viejas oligarquías centroamericanas, pretende dar por finalizada una gestión que, si bien puede ser criticable en algunos aspectos como todas las gestiones de gobierno, está sujeta a la Constitución y las leyes que rigen a la nación hondureña y es expresión de la voluntad soberana de los hondureños. Remplazar la legalidad por medidas de excepción, por nombramientos de urgencia, apresar al presidente y expulsarlo del país, es lisa y llanamente un golpe de Estado. No hay eufemismos que oculten lo que realmente ocurrió: un golpe de Estado.

Pero la prensa española, desde el primer momento, desde los primeros rumores que alertaban de la anormalidad en Honduras, se preocupó más por presentar al presidente Manuel Zelaya como el único responsable de lo ocurrido, que de condenar de antemano cualquier violación del juego democrático. Valiéndose de “fuentes sin confirmar”, se presentó al presidente Zelaya como a un provocador que habría llamado a un referéndum inconstitucional cuyo único objetivo era perpetuarse en el poder. Ahora, a menos de veinticuatro horas y gracias a la televisión venezolana, sabemos que se trataba de una encuesta sin carácter vinculante, que apuntaba a conocer la opinión de los hondureños respecto de si era o no conveniente impulsar reformas a la constitución. La prensa española tiene corresponsales y enviados especiales en Honduras, pero ha sido gracias a la televisión venezolana que el mundo se ha enterado de la presencia de observadores internacionales, incluidos

representantes de los Estados Unidos, que estaban en Honduras para verificar el carácter legal y la limpieza de la encuesta. Y fueron esos observadores los primeros en denunciar y condenar sin ambigüedades el golpe de Estado.

Para la prensa española lo relevante era que la constitución hondureña no permite la realización de consultas con forma de referéndum -siempre vinculantes- en un lapso de tiempo determinado antes y después de unas elecciones. Se decía, se informaba, con lenguaje sibilino, que el presidente Zelaya había violado la constitución y, de una manera más vil aún, sin palabras -porque la desinformación provoca silencios e inmovilidades-, se invitaba a considerar a Zelaya como el único responsable de lo que ocurriera.

Para la prensa española Zelaya es “un hombre de Chávez”, se citaba que, pese a ser un liberal, había dado un giro a la izquierda que lo acercaba a las posiciones del presidente venezolano, pero se omitía señalar que en casi toda América Latina, con diversas expresiones y también con excepciones -Colombia por ejemplo- está enmarcada un proceso de cambios estructurales, sociales, políticos, económicos y culturales, que garantizan el imperio de la legalidad y la normalidad democrática en un continente que se vio privado de esas conquistas de la sociedad civil. Décadas de golpes de Estado y cuartelazos impulsados por los Estados Unidos hicieron de América Latina un espacio geográfico en donde la democracia era casi una quimera.

La prensa española, responsable de una sociedad desinformada y que se auto sustenta en sus prejuicios, sobre todo en lo que refiere a América Latina, en los momentos en que había que condenar sin paliativos el golpe de Estado en Honduras, se empeñaba más en demostrar ciertas excentricidades del mandatario constitucional hondureño, como que su hija habría denunciado que le impedía tener novio hasta que cumpliera treinta años, o que él y su familia “habrían estado involucrados” en una serie de asesinatos no aclarados. Qué lejos quedan los tiempos en que los periodistas y los directores de periódicos sabían separar la paja del trigo.

Hoy, Lunes 29 de Junio, un artículo de El País habla de “La tentación de la presidencia vitalicia”, y el tono de la información -todo lo impreso en un periódico es información o desinformación- apunta a que una vez más el presidente Zelaya es el único responsable de lo ocurrido pues habría caído en esa terrible tentación de repetir mandato. Me temo -porque soy optimista- que el autor del artículo ignora que Felipe González fue presidente del gobierno español entre

1982 y 1996, que François Mitterrand fue presidente de la república francesa entre 1981 y 1995, que Helmut Kohl fue canciller de Alemania entre 1982 y 1998, y que Margaret Thatcher fue primera ministra del Reino Unido entre 1979 y 1990. Todos ellos gobernaron, para bien y para mal, por más de diez años sus respectivos países, y sólo a un imbécil se le ocurriría pensar que esas largas permanencias en el poder pusieron en peligro las democracias europeas.

Pero Honduras es un país centroamericano, es parte de América Latina, y para la prensa española el continente americano sólo puede ser analizado y explicado desde el prejuicio. Cito textualmente del artículo: “La lista de los mandatarios latinoamericanos que lo han conseguido (prolongar sus períodos al mando de sus naciones) o lo intentan se expande de norte a sur de la región. En la mayoría de los casos, el carisma y la popularidad adquiridos en su primer mandato, les inyectan unas ansias de permanecer en el poder que muchos consideran irresponsables”.

Mi amigo, el maestro de periodistas italianos, Gianni Mina, me señaló una vez las gotas de veneno subliminal que se cuelan en este tipo de artículos de “análisis” y que violan el derecho a la información. “La lista de los mandatarios que lo han conseguido o lo intentan se expande de norte a sur de la región”. Ningún español, acostumbrado a la desinformación, le pedirá al autor del artículo esa “lista que se expande”. Ningún español conforme con la desinformación le pedirá los nombres de algunos de los que consideren irresponsables a quienes integran la lista de mandatarios latinoamericanos que han prorrogado sus mandatos. Ningún español resignado a la desinformación le preguntará si también González, Mitterrand, Kohl y Thatcher integran esa lista de irresponsables.

Para Javier Lafuente, el autor del artículo que he citado, lo ocurrido en Honduras, el golpe de Estado, debe ser entendido desde el prejuicio de un español al que la boina todavía ciñe peligrosamente la frente. Para él “Manuel Zelaya ha protagonizado la última intentona”. Se está refiriendo a la realización de una encuesta no vinculante y sin otro fin que conocer la opinión de los hondureños respecto de hacer o no reformas a la Constitución. Si esto no es prejuicio y casi apología del golpe de Estado, entonces es pura y llana ignorancia de un europeo con olor a fritanga. ♦

Luis Sepúlveda, Gijón, 29 de junio de 2009.

¿Quién es usted?

Cuando digo “yo también soy periodista” lo hago con mucha humildad, porque hasta mi memoria llega una amplia galería fotográfica y en ella están los rostros de Juan Pablo Cárdenas, que por ser un gran periodista fue rehén personal de Pinochet, de Pepe Carrasco, que por ser un gran periodista fue asesinado por Pinochet, de Rodolfo Walsh, que por ser además de escritor un gran periodista fue asesinado por la dictadura argentina, de José Luis López de La Calle, que por ser un gran periodista fue asesinado por ETA, y a ellos se agregan otros ilustres colegas del gremio que he ido encontrando en el camino, de tal manera que, al decir “yo también soy periodista” lo hago además con orgullo, pero con un orgullo que no dura mucho pues la profesión está en franca decadencia.

Hace seis años me tocó acompañar a Ryszard Kapuscinski, el Maestro de maestros, cuando recibió el premio Príncipe de Asturias de Comunicación. Caminábamos por Oviedo, y Kapuscinski me confesaba el pánico que sentía cada vez que lo entrevistaban. Quise saber si se trataba del síndrome del entrevistador entrevistado o un caso de simple timidez, pero Kapuscinski sugirió que dejáramos el tema y buscásemos un lugar donde sirvieran buen café.

Ahí estábamos, en una terraza, cuando se acercó una chica muy joven, bastante bella, y que se presentó como periodista de un canal de televisión. Solicitó una entrevista breve, un par de minutos, dijo, total es para la televisión, agregó, y a continuación sacó un espejito, arregló su maquillaje mientras un colega dis-

ponía la cámara y otro preparaba el micrófono para el entrevistado. -¿Quién es el importante?- consultó el técnico. Su pregunta interrumpió la labor embellecedora de la periodista. Era sin dudas una buena pregunta, así que, fiel a lo aprendido en su facultad de periodismo nos miró a los dos, tal vez para deducir experiencia, años de circo, o para recordar las fotos vistas a la rápida en google y, finalmente, se ayudó echando una mirada al programa de los premios.

¿Quién es el premiado? preguntó, y entonces Ryszard Kapuscinski me indicó con un dedo acusador. Dejé que me pusieran el micrófono, el camarógrafo mostró los dedos, cuatro, tres, dos, uno, y la periodista empezó la entrevista, breve, total es para la televisión. -¿Quién es usted y por qué lo premiaron? Una pregunta doble merece una respuesta meditada, así que me presenté como un escritor lituano, autor de una novela cuyo argumento resumí: un hombre sufre muchas traiciones, va a dar a la cárcel, pasa varios años en las peores condiciones, se fuga, y como no olvida ni perdona a quienes le ofendieron consagra su vida a la venganza.

La joven periodista se despidió, ni un solo segundo se preocupó por la mirada atónita de Kapuscinski, y lo más seguro es que esa entrevista haya sido vista por mucha gente que tiene derecho a ser responsablemente informada, pero ese derecho está en peligro pues la precariedad en que ha caído el periodismo hace que nadie sea responsable de lo que se escribe, dice, o emite. Salvo contadas excepciones, y que son los pocos periódicos hechos por periodistas que, con absoluto rigor, asisten al funeral de una profesión tan hermosa como necesaria.

Muchas veces, al decir "también soy periodista", siento que grito "y también soy de los últimos mohicanos", de los que huelen a tinta y a tabaco, de los que se queman los ojos documentándose, y claro, de los que recibíamos un sueldo digno, estábamos sindicalizados, y no dependíamos de los miserables salarios que reciben los becarios. Sí. Sé que es una opinión de veterano, pero de un veterano que todavía ama su profesión justamente porque conoció y conoce a otros veteranos más interesados en la calidad de la información que en conservar la asepsia de las modernas salas de redacción.

Hace un par de meses mi última novela obtuvo un premio importante, naturalmente tuve que conceder muchas entrevis-

tas y, lo digo con dolor, muchas de ellas empezaron con el “¿quién es usted?” al que respondí con paciencia. “¿De qué trata su novela?” es otra de las preguntas inevitables. Estoy seguro de que si respondo: mi novela cuenta las historias de un señor que de tanto leer se creyó caballero andante y confundió los molinos de viento con gigantes, más de alguno o alguna publicará esa respuesta qué, más que un homenaje a Cervantes, es mi llanto por el conocimiento despreciado.

También soy periodista, digo, y me siento como Don Quijote de La Mancha, derrotado al fin, viendo como en el patio de su casa la ignorancia baila feliz junto a la hoguera en la que arden sus libros. ♦

Luis Sepúlveda, Gijón, 1 de junio de 2009.

Historia de dos tragedias

A finales de enero, en Bogotá, un sujeto llamado Harold Vera cruzó las puertas de una clínica dedicada a la cirugía estética. Llevaba de la mano a una bella muchacha de Tolima, Edna Patricia Espinoza, 19 años, larga cabellera negra y madre de una niña de tres años. Era una “Miss”, es decir una muchachita pobre con un buen cuerpo que ofrecer al mejor postor. Edna Patricia era “Mis Tanga 2008”, y en esa misma clínica ya se había operado anteriormente la nariz y le habían implantado los senos desproporcionados que abultaban su blusa.

También a finales de enero y cuando faltaba poco para su cumpleaños número cincuenta, el millonario bogotano Andrés Piedrahita bebía lentamente un zumo de frutas tan amargas como su suerte: el grupo económico que presidía, Fairfield Greenwich, había perdido siete mil quinientos millones de dólares de sus clientes de todo el mundo, en el fraude organizado por Bernard Madoff en Wall Street. El gran problema que le amargaba el zumo era que ninguno de sus clientes sabía que los fondos confiados a su custodia se habían volatilizado.

Edna Patricia tomó asiento en la sala de espera, y con movimientos de cabeza asintió a las instrucciones de Harold Vera, su manager. El hombre vestido con la suprema elegancia de los truhanes del Caribe, le explicaba que para ser “Miss Tanga” por muchos años necesitaba varios centímetros más de trasero, pues el tanga en tanto prenda para lucir el culo, exigía más carne, siempre más carne. Luego de la operación se reunirían con el presidente del concurso y la chica sabría qué premios le correspondían. Así, confiada y sonriente, entró al quirófano para que le aumentaran el volumen del culo.

Piedrahita dejó el amargo zumo de frutas a medio vaso, ense-

guida se incorporó y meditó unos minutos frente al diploma que lo acreditaba como egresado de la Boston University School, y se dijo que la vida amenazaba con tornarse dura; no podría celebrar su cumpleaños en la isla de Capri, como todos los años, y mucho menos volar en su “Gulfstream 200”, su avión privado valorado en veinte millones de dólares. Los inversionistas estaban furiosos y era menester guardar las apariencias de perjudicado por Madoff. Convenía olvidar temporalmente su mansión de Chelsea, esa bella casa de cuatro pisos, y tampoco debía pensar en “Son Simonet” la casa de Palma de Mallorca decorada con obras de Botero y provista de un encantador bar estilo marroquí en el que se sentía tan a gusto el príncipe Pablo de Grecia, entre otros ilustres invitados. Sí, la vida se tornaba dura para el afectado multi millonario.

Edna Patricia se tendió boca abajo en la mesa de operaciones, y muy pronto empezó a sentir los efectos de la anestesia. Y también las manos del doctor Soler acariciando sus nalgas al tiempo que alababa la belleza de esos glúteos. El doctor Soler era un médico militar que jamás se había especializado en cirugía plástica y estética. La chica adormecida sobre la mesa de operaciones era apenas “Mis Tanga”, y a los dieciséis años había parido a otra futura “Miss”, así que la falta de experiencia no tenía la menor importancia. Pese al sedante, Edna Patricia sonreía, tal vez pensando en la colección de muñecas “Barbie” que eran parte de los premios recién ganados. El médico militar pinchó, comprobó la insensibilidad de la bella durmiente, y empezó a inyectar grasa en los glúteos.

Piedrahita se dirigió al salón con formidables vistas sobre Bogotá. Ahí, un fiel secretario explicaba a un periodista del diario español El Mundo, que este era un serio traspies para su jefe, pero que el doctor ya estaba pensando en algo, con el apoyo de Corina, su agraciada esposa de la que el Times de Londres dijera: “Corina es fundamental en el trabajo de su esposo, es encantadora, suave, hace amigos con facilidad y supervisa las espléndidas cenas que sirven a los socios. Es una mujer que está pendiente de todo, del papel higiénico decorado con motivos egipcios, de las vacaciones invernales junto a sus cuatro hermosas hijas en la mejores estaciones de esquí europeas, y del yate de 50 metros que mantiene atracado en Montecarlo. Una sonrisa de Corina bastó para que su esposo contara con el apoyo de Michael Picciotto, jefe de la Union Bancaire Privée”.

El doctor Soler no pertenecía a la plantilla de médicos contratados en esa clínica y, tal vez por eso, apenas Edna Patricia dio

síntomas de entrar en un paro cardíaco, arrojó la mascarilla, los guantes de goma, el batín verde, y salió a toda prisa del quirófano. El resto del personal trató de reanimarla durante media hora, mas todos los esfuerzos resultaron infructuosos. “Mis Tanga 2008” murió con su nuevo culo a medio completar. En la sala de espera, su compungido manager maldecía su suerte: Edna Patricia no cumpliría con la gira mostrando el culo por toda Colombia, y a él se le esfumaba el 80% de las ganancias.

Piedrahita enseñó al periodista unas fotos de su mansión de Chelsea, del yate, la casa mediterránea de Palma de Mallorca, y unas fotos de sus bellas hijas practicando equitación en los prados del Country Club. Enseguida le ordenó al secretario que le entregara al periodista el álbum de prensa, destacando una entrevista reciente que le hicieran en la revista Caras: “estudió en el colegio anglo colombiano, se graduó en el English School y viajó a los Estados Unidos a conquistar el sueño americano. Supo aprovechar su don de gentes y carisma para hacer contactos, se ganaba a la gente, tenía ese talento para conquistar en cuestión de minutos. Era genuino, sencillo, inteligente, y se vestía siempre impecable. Esta habilidad social le abrió las puertas de las mejores fiestas, de los eventos más importantes de la Gran Manzana”. Usted comprenderá –dijo el secretario– que este traspies lo tenga muy deprimido, y por lo tanto le ruego que sus preguntas sean breves y precisas.

Edna Patricia Espinoza, “Miss Tanga 2008”, regresó a Tolima en un ataúd sin barnizar. Su manager, pese a los desesperados intentos –según sus propias palabras– no logró que los organizadores del concurso pagaran el premio ni entregaran los regalos. Miss Tanga había incumplido el contrato que la obligaba a mostrar el culo por todo el país, y una muchacha muerta, por muy hermosa que sea, y Edna Patricia lo era, simplemente no vende.

Andrés Piedrahita, silencioso en la terraza de su pent house de Maniatan, maldice a Bernard Madoff por estropearle la fiesta de su cumpleaños, y mira fotos en las que se ve junto al magnate Alberto Cortina, al Príncipe Felipe y a la Princesa Letizia, a Pablo de Grecia, y suspira como sólo pueden hacerlo las víctimas de las grandes tragedias. Estas dos tragedias son rigurosamente ciertas. La vida es un paño de lágrimas. ♦

Luis Sepúlveda, 7 de abril de 2009.

Asalto a mano santa

Existen muchas modalidades de asaltos; a veces los ladrones actúan encapuchados, en otras ocasiones lo hacen a cara descubierta y desde elegantes oficinas de Wall Street, aunque la forma más común de asaltar a alguien es premunido de un arma de fuego, cuchillo u otro instrumento amedrentador. Esta manera de asaltar es comúnmente conocida como asalto a mano armada.

El asalto a mano santa es una variante mucho más sofisticada de robar y requiere de colaboración institucional, ya sea de manera directa como indirecta. Hace unos pocos días fui víctima de un asalto a mano santa, y me amarga reconocer que yo, un sujeto de un metro ochenta, casi cien kilos de peso y cinturón negro de karate, no opuse ni la menor resistencia y todavía lamo las heridas de la humillación sufrida.

Estaba en Cartagena de Indias, un hermosa ciudad del Caribe colombiano, hermosa para los turistas blancos y para los colombianos blancos de familias tan blancas como estrafalarias, incapaces de ver el cinturón de miseria que rodea a esa ciudad declarada absurdamente patrimonio de la humanidad por la UNESCO. De una humanidad sin negros, por supuesto.

Se dice que el mal humor predispone a las catástrofes, y es posible que mi pésimo humor de entonces tuviera que ver con el asalto a mano santa, aunque mi mal humor estaba plenamente justificado: toda Cartagena de Indias corría tras la Infanta Elena, hija de los reyes de España que visitaba la ciudad. Declaro solemnemente que no tengo la menor animadversión contra esa muchacha cuyos méritos intelectuales son: a.- ser muy alta; b.- ser muy alta

y, c.-ser muy alta. Ocurre que como latinoamericano soy hijo de la Revolución Francesa y todo lo que huele a monarquía, a privilegios sustentados en leyendas añejas, me echa a perder el humor porque soy rabiosamente republicano.

Como una forma de paliar los efectos del mal humor entré a un mercado de artesanías y con una sola intención; comprar una hamaca. El mercado estaba casi vacío, todo el mundo corría tras los pasos de la Infanta Elena, así que no me fue difícil dar con la hamaca que quería. Era de un rojo intenso, tejida por los mejores artesanos de La Guajira, y tras regatear el precio con la vendedora descubrí que no llevaba tanto dinero en los bolsillos. Consulté dónde quedaba el cajero automático más próximo, y hacia allá partí bajo un sol de castigo y una humedad que se pegaba a la piel.

El cajero automático me pareció sobrio, no tenía ningún logotipo o distintivo de algún banco, y supongo que me resultó grata esa sobriedad entre la exhuberancia caribeña. Metí la tarjeta de crédito, esperé a que en la pantalla aparecieran las primeras instrucciones, elegí el español como lengua de la transacción, digité mi código pin, esa identidad tan democrática que me iguala Bill Gates, indiqué que deseaba sacar dinero de mi cuenta corriente, marqué la cantidad de 400 mil pesos colombianos, unos 150 euros y finalmente apreté la tecla verde de continuar.

Normalmente tras apretar la tecla verde la máquina escupe los billetes, el recibo y devuelve la tarjeta, pero en este caso, en la pantalla apareció la siguiente leyenda: “Desea donar a la Santa Iglesia Católica, a.- 1.000 pesos, b.- 5.000 pesos, c.-10.000 pesos y, d.- 0 (cero) pesos”. Sí, yo soy hijo de la Revolución Francesa, creo en la separación drástica entre la iglesia y el Estado, creo en la sociedad laica y librepensadora, así que, en consecuencia, marqué la opción “cero pesos para la iglesia”. Entonces el cajero automático escupió un montón de billetes, los conté, sumaban 300 mil pesos, luego mi tarjeta de crédito, y finalmente un recibo por la suma de 400 mil pesos. Ahí, en ese momento supe que me habían asaltado a mano santa, pues en la pantalla apareció una nueva leyenda: “La Santa Iglesia Católica agradece su donación de 100 mil pesos y rogará por su alma”.

La primera vez que me asaltaron a mano armada fue en New York, en el Bronx. Una pandilla del “Latin Power” me quitó hasta las ganas de volver a los Estados Unidos. El segundo asalto a mano armada lo sufrí en Sao Paulo, en esa ocasión fui víctima

de una banda de párvulos, el mayor no tenía más de doce años y entre los otros veinte enanos había algunos que todavía tenían dientes de leche. Sentí rabia, bronca, humillación, pero lo olvidé rápidamente pues la posibilidad de ser asaltado a mano armada es parte de la vida, o de la maldita ley de Murphy. Pero ser asaltado a mano santa, ser atracado por la iglesia es algo que a uno lo deja primero perplejo, y luego sobreviene la triste sensación de ser un perfecto imbécil.

Protesté, insulté al cajero automático, proclamé en voz alta mi ateísmo, y finalmente me retiré con la peor sensación de derrota que he tenido en mi vida. Sólo me queda la venganza de los justos, porque me voy a cobrar esos 100 mil pesos colombianos (unos 30 euros), y lo haré en El Vaticano. Que lo sepa Ratzinger: cualquier objeto de la iglesia y por un valor aproximado de 30 euros me pertenece, porque también soy hijo del Conde de Montecristo y mi lema es: Ni olvido ni perdón. ♦

Luis Sepúlveda, 10 de febrero de 2009.

El enanito indeseable

Hoy 12 de enero, Santiago amaneció con un extraño hedor a mentira que sorprendió a sus habitantes decididos a sudar la larga canícula del verano chileno. No se trataba de ninguna catástrofe natural, el hedor venía de la presencia en Chile de unos de los sujetos más farsantes, canallas y vulgares que ha dado la política en los últimos veinte años: José María Aznar, de la mano de Sebastián Piñera, un sujeto con ansias de gobernar el país para beneplácito de una derecha que jamás ha dejado de ser facistoide, inauguraba un encuentro sobre liderazgo para jóvenes emprendedores.

Aznar, o Ansar, como siempre le llamó su amigo y mentor George W. Bush, es un enanito moral e intelectual cuyo único mérito reconocido es la capacidad de mentir como un bellaco sin arrugarse, sin que su melena de Sansón del Opus Dei se despeine, sin que su bigotito canalla se altere, sin que sus ojillos de rapaz se empañen con la leve manchita de alguna verdad, sin perder la compostura de sus trajecitos de primera comunión.

Aznar, o Ansar, es el único ex presidente de un gobierno capaz de hablar sin tener nada qué decir, como lo ha demostrado hasta la saciedad en sus conferencias en Georgetown, pronunciadas en un inglés macarrónico con un leve acento Speedy González.

A veces, hace declaraciones del tenor: el triunfo de Obama es “un exotismo histórico”, declaraciones publicadas a todo trapo por la revista Vanity Fair, y que se apresuró en desmentir argumentando que esa afirmación había sido sacada de contexto.

Este curioso opinante, durante su presidencia del gobierno español, miró a las cámaras y dijo: “en Irak hay armas de destrucción masiva, créanme, lo aseguro, en Irak hay armas de destrucción masiva”. A los pocos días acudió a Las Azores y se hizo la foto de la vergüenza junto a Bush y Blair. Esa fotografía que lo muestra feliz, soportando una mano de Bush sobre un hombro, hizo de él la imagen misma de la felicidad, la erótica del poder se superó a sí misma y se transformó en el orgasmo del poder. Nunca un paleta castellano que recién había cambiado la boina por la gomina había llegado tan lejos: estaba con los que mandaban, con los amos del mundo.

En la agonía de su infame mandato Bush reconoció que estuvo mal informado y que en Irak no había armas de destrucción masiva. Aznar, o Ansar, sigue insistiendo en que la invasión de Irak estuvo plenamente justificada, y la posibilidad de disculparse por el más de un millón de muertos que ha causado la invasión de Irak sencillamente no existe en su vocabulario de enanito farsante.

Qué malas compañías elije Sebastián Pinera. A mitad de su último mandato, Aznar, o Ansar, anunció orgulloso a los españoles que los Estados Unidos, “esa gran nación”, le otorgaba la Medalla del Congreso por sus servicios a la causa de la democracia. Una breve investigación periodística demostró que el congreso norteamericano jamás había pensado otorgarle tal medalla, que Aznar o Ansar había formado un lobby, un grupo de presión para “sensibilizar” a senadores norteamericanos que lo propusieran para semejante distinción. La vanidad del enanito costó dos millones de dólares al erario público español. Y nunca recibió la medalla.

Cuando ya en la oposición dirigía al Partido Popular desde las sombras, y el gobierno de España impulsaba una campaña para evitar o disminuir la dramática cantidad de muertes en accidentes de carretera mediante un endurecimiento de los controles de alcohol y de velocidad, el enanito, con varias botella de Ribera del Duero en el cuerpo, declaró que a él nadie le decía cuánto podía beber ni a qué velocidad debía conducir. Naturalmente alegó que sus declaraciones habían sido sacadas de contexto.

Y para más gloria de España, este enanito melenudo resultó ser también un escritor de profundas obras de reflexión. Hace un año publicó “Cartas a un joven Español”, una obra epistolar en

la que, mediante cartas a un joven llamado Santiago, da a conocer lo medular de su apabullante capacidad intelectual: “si te dicen facha, no te acomplejes, piensa, querido Santiago, que también fueron tildados de fachas aquellos que hicieron grande a España, y que la conjura roja llama fachas a todos los que amamos España y estamos orgullosos de ser españoles”.

Qué mal elije a sus amigos Sebastián Piñera. Esperemos que tenga un buen photoshop y elimine al enanito castellano de las fotografías de campaña. ♦

Luis Sepúlveda, 12 de enero de 2009.

Shalom

Shalom es una bonita palabra y nada más. Los bombardeos a la franja de Gaza dejan a los tertulianos estupefactos, entre medio mueren niños, el mundo occidental tan empeñado en “solucionar el conflicto de medio oriente” cada vez que hay fotos para la historia, se queda sin palabras, entre medio siguen muriendo niños, civiles, chicos que jugaban en la calle, y cualquier posible discusión, por lo demás estéril, se queda empantanada en lo políticamente correcto. Todo el mundo teme a la sospecha de anti semitismo porque ser abiertamente pro Israel es, amén de políticamente muy correcto, garantía de estar en el bando de los justos. Hoy, como sabemos, existen dos bandos claramente definidos: los que tiene la razón pro occidental, cristiana y despojada de cualquier anti americanismo y, los que pertenecen al bando del terrorismo integrista musulmán por acción, omisión o pinta de árabe.

El atentado a la Torres Gemelas estableció las bases del todo vale en la lucha contra el terrorismo, e instaló la certeza de que todos los árabes son terroristas, simpatizantes del terrorismo, o eventuales terroristas. ¿Todos? No, se dejó fuera de la lista a los grandes amos del petróleo, a los sátrapas saudíes o de los emiratos, sujetos que hacen de la violación de los derechos humanos la base de sus permanencias.

Hoy caen bombas en Gaza, y el discurso de los indignados al referirse a los palestinos habla de Hamás y Fatah. Por un lado están los extremistas, yihadistas de Hamás que reciben de Israel un castigo “desproporcionado”, faltaría más, y del otro lado Fatah,

algo así como extremistas moderados en los que tampoco se puede confiar. Lo que no se menciona es la existencia de la Autoridad Nacional Palestina, nacida en 1994 tras los acuerdos de Oslo, encargada de gobernar y organizar la sociedad civil de una nación carente de Estado, cuyo estatus en las Naciones Unidas es de simple observador, con derecho a voz pero no a voto. Y lo que es peor, se omite que la Autoridad Nacional Palestina, pese a haber renunciado a los ataques contra Israel, se debilitó sistemáticamente, hasta perder el gobierno en Gaza, justamente por los incumplimientos israelíes de resoluciones avaladas por Naciones Unidas que eran su razón de ser. Cada mandato que Israel no cumplió avivó la hoguera del odio fundamentalista.

Nada justifica los ataques contra territorio israelí, el lanzamiento de una media de ochenta proyectiles diarios dirigidos a blancos civiles, a escuelas, hospitales, centros de trabajo. El discurso de Hamás habla de echar al mar a los judíos y es desde todo punto de vista inaceptable, pero tampoco nada justifica el padecimiento de los palestinos, las humillaciones de todos los días, el despojo de tierras, la existencia de muros vergonzantes, la cotidiana anexión, metro a metro, de Jerusalén.

En España se tiene meridianamente claro que ETA no es sinónimo de los vascos, en Irlanda el IRA no fue sinónimo de los irlandeses, de la misma manera Hamás no representa el deseo palestino de tener un País, un Estado soberano. Los palestinos y su diáspora en los campos de refugiados deberían avergonzarse a Occidente, mas el mundo democrático y civilizado ha permanecido siempre impasible, inoperante, mudo, ante los padecimientos de un pueblo humillado.

En 1982 occidente calló tras las masacres de Sabra y Chatila, cuando las milicias pro Israel en Líbano, siguiendo órdenes precisas de Ariel Sharon —premio Nobel de la paz—, asesinaron a tres mil hombres, mujeres, niños, ancianos, mataron a todo lo que se movía en esos dos campos de refugiados palestinos. No representaban ni el menor peligro para Israel, y los asesinaron. Occidente no abrió la boca porque nadie quiso ni quiere ser sospechoso de antisemitismo. Aunque parezca un contrasentido, se supone que los países, que los Estados reconocidos en el bando “civilizado” de la humanidad, deben, entre otras cosas, garantizar la seguridad de la población civil en caso de guerra. Existen convenciones como la de Ginebra, pero luego del ataque al World

Trade Center, el todo vale, la ley del más fuerte, el cinismo y las “preocupaciones ante las respuestas desproporcionadas” son, para la derecha y el fundamentalismo religioso de Israel, que también existe, un cheque en blanco para la solución final del problema palestino.

Que Israel debe tener fronteras seguras es una perogrullada, mas la pregunta subyacente es ¿cuáles son esas fronteras? Que los palestinos tienen derecho a un Estado reconocido internacionalmente también lo es, y la pregunta que queda es: ¿tiene occidente siquiera el mínimo deseo que eso suceda? A los bombardeos de Gaza seguramente seguirá una tercera intifada, y una vez más veremos al pequeño David palestino enfrentado con una honda al Goliat artillado israelí, y cada hijo, cada hermano, cada novia muerta, será aprovechado en las escuelas del odio para formar yihadistas dispuestos a inmolarse y con ellos a inmolar el sueño justo de una patria palestina.

Mal empieza el año 2009. Shalom no es más que una bella palabra y, como leí hace tiempo en un grafiti colombiano: mientras los miserables sean los dueños de la fuerza La Paz seguirá siendo una bonita ciudad boliviana. ♦

Luis Sepúlveda.

La dura y tierna fragilidad de los héroes

A veces, cuando en Santiago algunos compañeros que tuvimos el honor de ser integrantes del GAP, nos reunimos en torno a un asado, no dejo de pensar en la dura y tierna fragilidad del heroísmo, y ni siquiera tengo que cerrar los ojos para imaginar a alguno de ellos, por ejemplo “Patán”, “Galo” o “Eladio”, mientras recorren la ciudad en busca de las picadas en donde comprar la carne, el vino o los tomates, y se cruzan con cientos de personas cabizbajas que ignoran la razón por la que esos tres hombres avanzan bien erguidos, sin embargo del paso de los años, y sin mirar al suelo. No saben que esos hombres son héroes, que combatieron junto a Salvador Allende por la más noble de las ideas, que eran apenas un puñado en La Moneda, que lucharon hasta agotar la munición, que en el combate demostraron ser infinitamente mejores que los traidores, que si se entregaron fue porque Allende ordenó no dejarse matar inútilmente, y que para ellos no hubo trato de prisioneros de guerra ni ninguna convención humanitaria que les amparase.

Ellos lucharon con valor y honor, los vencedores no conocían más que el odio y el servilismo de perros hacia los amos que ordenaron el fin de la democracia chilena. Ningún GAP cayó durante el combate, y los que más tarde murieron lo hicieron desarmados, atados y torturados en el regimiento Tacna. Con el trato dado a los prisioneros del GAP el ejército chileno se deshonró para siempre. Esos hombres son héroes silenciosos, frágiles y duros, porque son de la escuela de Allende y con él com-

partieron un postulado básico; defender con dureza la fragilidad democrática.

Todo esto y mucho más sentí mientras miraba la proyección de “Héroes Frágiles”, la hermosa película que Emilio Pacull me regaló en el Festival “Las Noches Atípicas”, en Langón, muy cerca de la casa natal de François Mauriac. Días más tarde la vi en mi casa, entre mis libros y mis símbolos, y una vez más me conmovió la ternura de un relato en el que los héroes crecen, se agigantan y por eso mismo se hace más evidente su preciosa fragilidad.

La película de Pacull es un caleidoscopio que el realizador agita para, mediante las formaciones aleatorias de los cristales, entregar prismas diferentes pero que apuntan en una misma dirección: sostener que el heroísmo de los que lucharon para hacer realidad en más hermoso sueño colectivo, el de la Vía Chilena al Socialismo, nació en el momento preciso en que tomaron partido por los pobres, por los desposeídos, por los condenados de la tierra. Son héroes sin más patria que una idea redentora y justa. Son héroes que no quisieron serlo.

Es la única manera de comprender los motivos que llevaron a Augusto Olivares a permanecer junto a Salvador Allende, a cambiar la máquina de escribir por un arma que apenas sabía usar, al suicidio como punto final de un artículo que habló de la digna posibilidad de vivir, pero vivir de pie.

Augusto, el querido “Perro” Olivares no tuvo jamás entre sus planes ser un héroe. Su arma fue siempre la Olivetti, su munición los artículos que hablaban del presente y lo hacían comprensible, y si tuvo un uniforme fue el de la lealtad hacia los principios representados en la inmensa dimensión política y humana de Allende. Augusto Olivares fue un hombre frágil, pero los imperativos de aquel sueño justiciero que fue el gobierno popular convirtieron esa fragilidad en acero.

Se entiende entonces que la tristeza de su viuda, de la querida compañera Mireya Latorre, sea la tristeza épica de quienes pierden a un ser humano dotado de las más puras virtudes, de un hombre que, cuando todo estaba perdido y la sombra de la traición se expandía por todo Chile, desde la fragilidad del que sabe que va a morir, pero que también sabe por qué va a morir y eso transforma la fragilidad en fortaleza, decide quedarse y defender la decencia.

“Héroes Frágiles” es por cierto una película de emociones fuertes, desde las que llenan de orgullo hasta las que llevan a la

náusea, como sucede al ver y oír a Orlando Sáenz, uno de los que complotaron, sabotearon y llamaron a los perros uniformados, sin el menor asomo de responsabilidad, culpa, arrepentimiento u horror por todo lo que ocurrió en Chile a partir del día del golpe militar.

De los frágiles héroes de La Moneda es poco lo que se sabe, muchos nombres aún permanecen en el anonimato. Algunos salieron al exilio, varios lucharon en Nicaragua contra el régimen de Somoza, otros “desaparecieron” tras ser torturados en el regimiento Tacna, como Oscar Lagos Ríos, el más joven de los defensores del palacio presidencial, otros han muerto porque se vive y se muere, como “Carloncho” recientemente fallecido en México, o Manuel Garrido y Douglas Gallegos, dos detectives de la policía de investigaciones que decidieron permanecer junto a Salvador Allende hasta las últimas consecuencias. Y otros caminan por las calles de Santiago entre gentes cabizbajas que no saben que comparten el mismo aire de los héroes.

“Héroes Frágiles”, desde una delicada objetividad, es un documento cinematográfico imprescindible para conocer lo que ocurrió en el ánimo de ese puñado de personas decentes que lo dieron todo y apenas les pareció suficiente. ♦

Luis Sepúlveda, artículo publicado en la edición chilena de *Le Monde diplomatique*, septiembre 2008.

Jorge Enrique Adoum

Adiós, “Turquito”

En agosto de 1977 sentí que no tenía tierra bajo los pies. Había llegado a Lima luego de un accidentado periplo por Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, nuevamente Argentina, Bolivia, y finalmente Perú. No podía quedarme en ninguna parte, eso era el exilio y, de pronto, en una calle de Lima ví a mi viejo amigo “Chiclayo” Pérez junto a uno de los grandes escritores latinoamericanos: el ecuatoriano Jorge Enrique Adoum.

En cuanto supo que era chileno y de los jodidos, el autor de “Entre Marx y una Mujer Desnuda” me abrazó, y a partir de ese gesto nació una amistad que se prolongó en Quito primero, y luego en los encuentros en París, al amparo de la formidable hospitalidad de Jorge Amado y Zelia, o en los fax desteñidos por el tiempo.

Un día de agosto de 1977, desde un bar limeño, Jorge Enrique Adoum hizo varias llamadas telefónicas al Ecuador solicitando un visado, hasta que un funcionario de Relaciones Exteriores le pidió que, para ahorrar tiempo, le dictara el mismo las características del visado. Al día siguiente la embajada ecuatoriana en Lima me entregaba un salvoconducto absolutamente inusual, sobre todo si era emitido por una dictadura, la del general Rodríguez Lara, “El Bombita”, y que me autorizaba a residir en Ecuador durante todo el tiempo que considerase necesario. Además, aquel documento dictado por Adoum, adornado con varios sellos y firmas, invitaba a las autoridades ecuatorianas a dar todo tipo de facilidades al licenciado Sepúlveda, para el éxito de sus gestiones.

Desde aquel momento, el trato entre el autor de “Los Cuadernos de la Tierra” e “Informe Personal sobre la Situación” fue de Doctor Adoum y Licenciado Sepúlveda, pero en Quito, al calor de unos canelazos éramos El Turquito y Lucho, dos tipos que recorrían las cantinas quiteñas, amanecían entre los puestos multicolores de la Avenida 24 de Mayo, y con lágrimas en los ojos cantaban; yo quiero que a mi me entierren como a mis antepasados, en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro.

En aquellos años, en Quito había una sorprendente cantidad de chilenos, argentinos y uruguayos, según todos, de paso, mientras la oficina de refugiados de Naciones Unidas decidía nuestros destinos. La mayoría estaba en una situación de limbo legal, eran frecuentes los arrestos, la temida policía de migraciones al mando del mayor Jarrín aterrorizaba con sus redadas y, gracias a mi salvoconducto, creo que era uno de los pocos a salvo de ser extraditado. Cada vez que caí en una redada, y fueron varias, presentaba el documento debidamente plastificado, y el “siga no más, licenciado” de los policías me llevaba a telefonar eufórico al Turquito para informarle que el dichoso papel todavía funcionaba.

Cuento esto, porque frente a mi tengo una foto del Turquito, porque mi amigo Jorge Enrique Adoum me hizo repetir muchas veces esta historia, porque lo quiero mucho y con rabia, porque se me fue de la vida y ya está reposando como sus antepasados, en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro.

Lo recuerdo en nuestro último encuentro, hace un par de años en Povoá do Varzim, en Portugal. Viajábamos en el bus de Correntes da Escritas, un hermoso encuentro literario, y El Turquito encandilaba con sus dotes seductorales de muchacho octogenario, con sus chistes soviéticos tan maravillosamente bien contados y que hacían llorar de alegría a Rosa Montero.

Sus ojos de miope ilustre se iluminaban al hablar de Neruda, de sus años como secretario y amigo del poeta. El Turquito tenía por costumbre vivir en nombre de muchos y, así, a la hora serena de compartir un trago bebido con todo el sentimiento posible, bebía sorbitos a la salud de Neruda, de Roque Dalton, de Otto René Castillo, de Javier Heraud, de Paco Urendo, de sus compañeros generacionales caídos en la lucha por la dignidad latinoamericana.

Jorge Enrique Adoum se apuntó a todas las causas justas y se jugó por ellas desde su condición de intelectual lúcido, de novelista de garra, de poeta enorme y de compañero imprescindible.

Pienso en él, miro su foto, y la memoria me lleva hasta el Quito de casas blancas en donde hicimos tantos planes mirando el amanecer andino, o cuando sentados en la parte más alta de El Batán, en la casa de Oswaldo Guayasamín, imaginábamos el fin de las dictaduras y un continente latinoamericano habitados por hombres y mujeres cuyo gentilicio sería la palabra hermanos.

Nos va a faltar el Turquito. Me va a faltar mi amigo y compañero Jorge Enrique Adoum a la hora de seguir soñando, porque entre las muchas cosas que me enseñó está el valor de los sueños compartidos.

Pero él sigue soñando, desde sus libros, y en el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro. ♦

Luis Sepúlveda, Gijón, 5 de julio de 2009.

Tá Mario Benedetti

Tá, se dice en uruguayo cuando se trata de afirmar con énfasis y Tá respondió Mario Benedetti cuando la decencia preguntó si había que jugarse por los pobres, por los débiles, por los condenados de la tierra, por lo que no tenían derecho a la alegría, por los que soñaban con una existencia justa, por la palabra mañana llena de sentido. Tá, respondió Mario Benedetti cuando la vida misma preguntó si había que tomar partido y ser la voz de aquellos que se pudrían en un penal llamado tristemente “Libertad”. Ahí, entre tantos, estuvieron quince años el dramaturgo Mauricio Rosencoff y el poeta Carlos Liscano, pero durante esos quince años fueron nombrados cada día por Mario Benedetti, donde fuera que estuviese, sus primeras palabras eran para exigir la liberación de los compañeros.

A los poetas se les ama y admira, a los hombres como Mario Benedetti simplemente preguntábamos: “¿y si nos vamos al boliche dos del mercado de la abundancia para ponernos al día con la vida?” Y el tá de su respuesta era el inicio de una gran fiesta de recuerdos, de vino clarete, de preocupación porque Mario se preocupaba por todos y mientras alguien le informaba de “ese muchacho que sigue preso en Lima” sus ojos seguían los movimientos de una niña vendedora de jazmines.

Jamás he conocido a otro hombre tan sencillo, tan generoso, solidario y que, como dice el poema de César Vallejo, parecía vivir en representación de todo el mundo. A los hombres como Mario Benedetti se les canta y sin que importe la rima de sus versos, se les encuentra en los barrios populares, en los boliches frecuentados por gentes de otras tierras, en el fragor de las luchas más justas, en las

pancartas con faltas de ortografía pero perfectas de razones, en los estudiantes que tras la barricada toman la mano de su novia, descubren entonces que no están solos, sin que importe la lengua que hablen sus corazones laten a ritmo uruguayo, se convierten en la flor de la banda oriental, y se miran a los ojos antes de la carga represiva para decir: si te quiero es porque sos/ mi amor mi cómplice y todo/ y en la calle codo a codo/ somos mucho más que dos.

Nunca un Poeta llenó los estadios de fútbol como los llenaba Mario Benedetti. Nunca otro hombre entró a un bar y a la pregunta respecto de qué quería beber respondió: un traguito, del más humilde. Nunca otro escritor nos convocó para que no perdiéramos el rumbo ni la alegría en los peores momentos de dudas y desilusiones: un torturador no se redime con el suicidio, pero algo es algo.

Escribo estas líneas con bronca, porque sé que ya la vida no será la misma con la ausencia de Mario Benedetti. Hoy por la mañana muy temprano sonó el teléfono, era otro Mario, el escritor Mario Delgado Aparain. “El Negro”, gran amigo de Benedetti, me anunció simplemente: se nos fue Marito, hermano, con los muchachos estamos tomando unos mates y hablando de vos, porque a Mario le encantaba hablar de vos. Sé que a Benedetti no le gustaban los homenajes, o mejor dicho, le agradaban ciertos homenajes, como que a su invitación a tomar unos mates respondiéramos llevando unas buenas facturas para acompañarlos. A los otros homenajes respondía escabulléndose, mostrando su carnet de tímido militante o exclamando; “déjense de macanas”.

Mientras escribo esto que no es un homenaje, sé que Montevideo no será la misma ciudad que amo cuando vuelva, sé que en Madrid me faltarán los paseos por El Retiro junto a un Mario Benedetti maravillado con los titiriteros, sé que el café Rossi en Roma se quedará con una silla vacía y soportaré solo el atraso eterno de los compañeros de Il Manifesto, sé que un vacío infinito abre sus fauces y me sumo a la multitud de hombres y mujeres que lloramos apretando un atado de libros.

Pero una mano de Mario Benedetti me remecerá un hombre y habrá que salir a la calle, a defender la alegría como una trinchera.

Tá, Mario, ¡Tá!. ♦

Luis Sepúlveda, Gijón 18 de Mayo 2009.

Escucha Chile...

Ha muerto Katya Olevskaia

La voz de Katya Olevskaia era la voz de un ángel laico que desde las ondas de radio Moscú nos entregó dosis de esperanza durante los años más duros y oscuros de la historia de Chile. Katya se ha ido, lejos de su patria soviética que ya no existe, en un exilio impregnado de derrota, como todos los exilios, bajo un cielo muy lejos de los nubosos atardeceres moscovitas en los que su voz se iba encendiendo lentamente hasta alcanzar el fulgor de aquel saludo tan amado por tantas y tantos, que esperábamos el calorcito necesario que nos entregaba al decir “Escucha, Chile”.

En medio del miedo, mientras los perros ocupaban las calles de Chile, alguien encendía una radio, buscaba en la banda de onda corta y, a muy bajo volumen, las compañeras y los compañeros se congregaban en torno al receptor para resistir, porque la Resistencia a la dictadura se fraguó en tardes frías, en noches demasiado largas, ejerciendo el deber de la clandestinidad primaria que consistía en informarse, en saber quién y cuántos habían muerto o desaparecido. Pero esa forma de resistencia, de clandestinidad a bajo volumen, nos entregaba también la certeza de no estar solos en medio del horror, y la voz de Katya anunciando “Escucha, Chile” era la única esperanza que nos llegaba.

Esperábamos su voz de ángel soviético y laico en Chile y en los países del exilio. Como todos los ángeles Katya fue también un ángel puro e ingenuo. Era como un ser de novela, de las mejores novelas de un tiempo del que apenas quedan recuerdos, porque la formidable idea del soviet, de la patria soviética, del país de los obreros, campesinos, estudiantes y soldados, se diluyó sin pena ni gloria y sin que los firmemente creyentes de esa hermosa utopía –los ángeles como Katya– pudieran hacer nada por impedirlo.

Katya era la solidaridad en su estado más puro, la entrega total y sin otra razón que la poesía de la lucha. Katya era el Poema Pedagógico de Makarenko, la novia invisible de los komsomoles de Así Se Templó el Acero, el emblema quijotesco del valiente soldado Chapaiev, la feroz ternura de La Madre de Gorki. Katya era todo aquello condenado a desaparecer por su propia envergadura.

Cuando se derrumbó la Unión Soviética y el resto de los países del llamado socialismo real se entregaron a la brutalidad mafiosa del capitalismo en su peor expresión, la fase sin moral de la acumulación primaria, todo lo que Katya representaba fue considerado obsoleto, inmoral, deleznable, y ella fue testigo de la miseria moral adueñándose de todo lo que alguna vez tuvo un significado lleno de digna humanidad.

Su voz invitando “Escucha, Chile”, se apagó y es posible que no quede una cinta de aquellos programas destinados a los que sufrían, y para los que esa voz, era la única esperanza que llegaba del ancho mundo.

La vi en Moscú, poco antes de que marchara a su exilio final en Israel. Dimos un paseo por aquel Moscú invernal, y vimos a ancianos ateridos de frío vendiendo sus condecoraciones de héroes de la Unión Soviética. Nunca olvidaré a una anciana que vendía un lote de fotografías de la segunda guerra mundial. Eran fotos de Las Rosas de Stalingrado, de una escuadrilla de mujeres pilotos que con sus aviones fueron la pesadilla de los nazis. En las fotos se veía a esas hermosas muchachas soviéticas y la anciana que las vendía era una de ellas. Katya me miró con azul tristeza, yo apreté su mano y nos alejamos entre el mar de derrotados.

Katya Olevskaia debió recibir el más alto reconocimiento de los chilenos, pero no fue así. Sus amigos queridos, Virginia Vidal, José Miguel Varas, Cristina de Largo, no le fallaron y le entregaron todo el amor solidario que les fue posible. Pero el país, empeñado en olvidar la épica y en construirse a sí mismo sin memoria, no respondió. Katya Olevskaia murió en un país lejano, bajo otro cielo, porque así se apagan las voces de los ángeles soviéticos y laicos.

Escucha, Chile, enciende una vieja radio, busca en las bandas de onda corta, congrega a los tuyos para un necesario acto de resistencia y recuerdo. El silencio del éter te dirá que la dulce voz de Katya se ha ido para siempre. ♦

Luis Sepúlveda, 12 de mayo de 2009.

















Índice de fotografías de Daniel Mordzinski

Página 59: Francisco Coloane y Luis Sepúlveda durante el Festival Etonnants Voyageurs de St Malo, 1996

Página 60: Luis Sepúlveda con Osvaldo Soriano. Etonnants Voyageurs de St Malo, 1996

Página 61: En la cocina del Hotel Santa Clara, Hay Festival Cartagena de Indias, 2009

Página 62: Durante el Hay Festival Cartagena de Indias, 2009

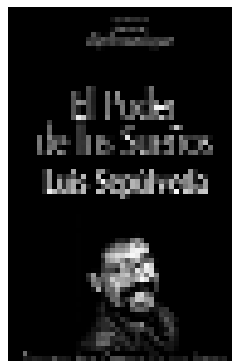
Página 63: Durante el rodaje de "Nowhere", Salta 2002

Página 64: En Patagonia, 1999

Página 65: en Moscú, 2005

Página 66: Luis Sepúlveda, Ángel Parra, Heddy Navarro, Bruno Serrano, Carmen Yañez y Víctor Hugo de la Fuente, Salón del libro Iberoamericano de Gijón, 2006

Libros de Luis Sepúlveda publicados por la Editorial Aún Creemos en los Sueños



Disponibles en librerías y en *Le Monde Diplomatique*.

San Antonio 434 - local 14 - Santiago

www.editorialauncreemos.cl - www.lemonediplomatique.cl

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2009
en LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago centro - Chile